Maldecir las psicosis. Transferencia, cuerpo y significante
Leonardo Leibson y Julio Ricardo Lutzky
Buenos Aires: Letra Viva, 2013, 214 págs.

Revisitando las psicosis

Mario Betteo Barberis*

El título, de alto voltaje declamativo, pone al lector ante un texto que promete una lectura plagada de sinuosidades. Mal-decir es decir mal, pero de una manera que destaca la parte maldita del psicoanálisis, ese espacio que ocupa la psicosis en la trayectoria de Freud y de allí en adelante. Como decía Bataille: “Hablamos en voz alta sin incluso saber qué son esos seres que somos. Y de aquel que no habla siguiendo las reglas del lenguaje, los hombres razonables que debemos ser aseguran que está loco. Los desórdenes de los locos están clasificados y se repiten con tal monotonía que de ello se desprende un extremo aburrimiento”. Maldecir en el contexto de este libro equivale a dejarse llevar por la mala dicción, el malentendido, el malestar que responde al intento, por parte de sectores del psicoanálisis, de excluir a la psicosis del análisis o de reservar el cuerpo del diagnóstico como la brújula para orientar un tratamiento. Maldecir en este caso es apostar a plantear polémicas o intervenir en las que están planteadas, plantear dificultades nuevas en lugar de pretender saber como resolver las viejas.

* Psicoanalista.

El libro, escrito por dos autores de manera que se acompañan aunque redacten por separado, pone el dedo sobre un punto muy crucial a la hora de referirse a la psicosis: ¿es una estructura diagnóstica? ¿Si es así, no ha sido considerada como “deficitaria” respecto a la neurosis? El término “déficit”, propio del campo de la economía, apela a una insuficiencia o designa lo que falta para que haya un equilibrio en el gasto. Se extendió al campo médico para hablar de cualquier medida que no se ajuste a un standard. (Por ejemplo, el déficit de vitamina C provoca el escorbuto). En referencia a la psicosis en particular, es común escuchar que se habla de ella en términos de “no hay”: inconsciente, síntoma, fantasía, sujeto, “no está en el discurso”, etc. En parte, esto es debido a la *pedra* con la cual se encontró Lacan para poder abordar a la locura. Tempranamente, en su tesis, proponía separarse de cualquier teoría deficitaria de la psicosis, pero... ¿a que se debió que él mismo, y luego una enorme cantidad de sus alumnos, no pudiera salir de ese círculo infernal? El hecho de formular para la psicosis un mecanismo subjetivo extraído de Freud – el rechazo de un significante fundamental, el nombre del padre, la llamada “forclusión” –, pareció que renovaba las cosas al mismo tiempo que las reordenaba en una clasificación que no iba a diferenciarse mucho de otras del campo de la psiquiatría. La prioridad diagnóstica ha perseguido al psicoanálisis.

126

Los autores exploran desde este costado, los “modos” más que los contenidos en los cuales el psicoanálisis aborda el problema de la locura, destacando así, de una manera en algunos tramos inobjetable, la tesis según la cual se le da asentimiento a la locura por parte del analista: desde que alguien habla (de la manera que sea) es que hay Otro y, desde ese ángulo, la transferencia es la manera en que se establece la relación con ese Otro, la manera de posicionarse allí el analista. De esto, además, habría “gamas”, lo cual hace de cada caso un ejemplo paradigmático y no común. Se trata de incluir las diversidades y no las entidades.

Leonardo Leibson ilustra en el libro los diálogos con la locura, es decir, a la locura y el lugar de la letra, el modo en que la fantasía, también en estos casos, cumple de manera tenaz la función de ocupar un lugar vacío. Se apoya para esto, detalladamente, en la referencia que hace Lacan acerca de la peculiar marca, bajo la forma de una falta o de un “demás” en el escrito que revela en algunas ocasiones, la marca de una investigación que hace el loco en la lengua y con ella. Citando a Lacan, el psicótico tiene una desventaja y un privilegio, el de estar en una relación planteada diversamente con relación al significante. No ha sido extraído de él y se encuentra colocado de manera oblicua, de soslayo. Esa posición particular es la que sostiene el modo en que la transferencia, el amor, hace su entrada: inédita. Los bordes musicales del lenguaje, el trato mucho más directo con los objetos libidinales informan de un goce variado y nunca exento de intensidad.

Por otro lado, Julio Lutzky se aboca a una lectura detallada y casi de orfebre para decantar ciertos enunciados de Lacan que deben de ser vueltos a escuchar: el

RESENHA DE LIVROS

lugar de la asamblea de los hablantes, la “tutuidad” a propósito de la lectura del caso de Schreber.

Y a esto se suma, a dúo, el análisis exhaustivo en ciertos momentos de la novela de Marguerite Duras *El arrebató de Lol V. Stein*, ya que en ella se encuentra desplegado un caso en el cual se plantea la pérdida de amor y el sufrimiento que no puede ser dicho. Más que una enfermedad, la locura de Lol es un rechazo a la razón social que acompaña a la desarticulación de la fantasía que sostenía al cuerpo.

MARIO BETTEO BARBERIS

Psicoanalista, residente en Buenos Aires y Bariloche; autor de *El soportable horror de la música. Ensayos en torno al significante y al cuerpo sonoro* y *David Helfgott, discípulo eufórico de Eros*, ambos en la Ed. Letra Viva).

Lerma 543

1414 Buenos Aires, Argentina

e-mail: mariobto@gmail.com